

Soledad

Ocaso

Fue la menor de dos hermanas. Siendo muy joven se casó con un mujeriego empedernido de quien diría muchos años después: “Si no me hubiera hecho el favor de irse con esa sinvergüenza, todavía estaría yo teniendo hijos”. Esto debido a que, en diez años de matrimonio, tuvo seis hijos de los cuales solamente uno se le escapó de las epidemias de aquellos tiempos, pero no del alcoholismo que acabó con él cuando tenía treinta y ocho años de edad.

Ella tenía buena posición económica pero no le gustaba vivir sola. Por eso cuando su único hijo se casó, aceptó la invitación de mis padres y se fue a vivir con nosotros. Yo tendría unos diez años.

Mi madre, enferma de diabetes, se mantenía de mal humor, así que la llegada de mi madrina Sol fue como empezar la fiesta: le gustaba cantar y contar historias de aparecidos y nos hacía reír platicando las sinvergüenzadas de su esposo.

Me enseñó a cocinar, a bordar, a tejer y a bailar. Cuando ya fui mayor, ella era mi confidente, mi amiga, mi madre... ¡todo! En los momentos más difíciles de mi vida, fue ella quien me dio todo su apoyo moral y los mejores consejos. Cuando murió su hijo, cambió mucho su carácter, aunque nunca la vi llorar.

Se fue en noviembre de 1975 dejándome toda su fortaleza.